

Los milagros de San José

José Arturo Vargas Reyes
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

“La vida es memoria y luego nada”,
Cormac McCarthy.

LAS SILLAS Y LOS PASILLOS entre las mesas están a reventar. Las mesas comienzan a llenarse de platos y vasos desechables en los que se han servido las sodas marca S-Mart y el chile colorado con arroz, frijoles y totopos. Las personas platican, a veces a gritos, sobre sus trabajos, sus nuevos carros, los hijos, las mascotas, en fin, la vida. Cómo has estado Conchi, le pregunta mi tía a una de sus primas a quien no mira desde hace una década, pues se mudó a Denver cuando se casó. Muy bien, muy bien, y tú qué tal, dónde está la chiquilla, que hace mucho no la veo. Nombre, Conchi, cuál chiquilla, está por cumplir los 11, está que no la vas a reconocer, deja le hablo para que la veas. A todo el jolgorio lo envuelven los vientos, las guitarras con *delay* y la batería acústica de “Sigo llorando” de Los Frontera.

Miro por encima de los hombros buscando a mis primos para que me acompañen a ver tele, pero no logro distinguirlos entre la multitud de personas que hay. Jamás pensé que una familia pudiera ser tan grande. Así que continuo sentado sin hablar con nadie y, a excepción de mi abuelita y yo, todos devoran sus comidas y beben litros de soda. Con el tenedor, revuelvo los pedazos de carne de puerco entre el chile colorado y me doy cuenta de que mi abuelita hace lo mismo. Solo se encuentra allí, sentada en otra mesa sin hablar con nadie, aunque ella sea la festejada; y con el tenedor realiza movimientos idénticos a los míos sobre la comida de su plato.

Mi abuelita es como yo. O debería decir que yo soy como ella. No nos gustan mucho las fiestas ni el chile colorado. Yo no tengo razón alguna, pero ella sí, pues un día en que me quedé a dormir en casa de ella para ver las estrellas con el telescopio que mi Tata acababa de comprar en una venta de *garage* en Las Cruces, Nuevo México, me contó por qué prefería que nunca le hicieran fiestas.



En el segundo piso de su casa hay una terraza y su casa está sobre la parte alta de la ciudad, así que desde ahí pueden verse no solo las estrellas del oscuro cielo juarense, sino también la constelación de focos del alumbrado público de ambos lados de la frontera. Cada vez que me quedo en su casa, nos sentamos por la noche en una mesa pintada de azul a mano por mi abuelo y tomamos café o té de hierbabuena. No solemos decir mucho, pero un día, sin motivo aparente, me contó por qué prefiere evitar los festejos.

Esa noche me aburrí muy rápido de ver las estrellas. La verdad es que no sé mucho de constelaciones ni planetas, y el hecho de solo verlas ahí estáticas, brillando, me puso molesto. Di unos sorbos al café y mi abuelita preguntó por qué me había enojado y se lo conté. A mí lo que no me gustan son las fiestas, confesó. Me dijo que, hasta cierto punto, era como ver el cielo por las noches, pues a pesar de que las personas se ven felices y brillan como las estrellas, realmente solo están ahí sin darse cuenta de que se están apagando. Jamás lo había visto así, le dije, y mencioné que a mí tampoco me gustaban tanto, pero que nunca había llegado a una conclusión de por qué. Pensé que quedaría todo ahí, pero después de unos minutos dijo que ese mismo día, pero hace muchos muchos años, como 80 o 90, había sido el bautizo de su mamá, mi bisabuela María.

A mi bisabuela María sí la conocí, pero apenas si tengo uno o dos re-

cuerdos de cuando la visitamos en su casa y yo hurgaba las enormes alacenas de su cocina donde siempre había galletas, dulces y *peanut butter*. Tan solo abrir esas puertas, llegaban a la nariz un millón de olores diferentes. Mi bisabuela María tampoco disfrutó de una sola fiesta, por lo que he escuchado decir a mis demás familiares; y a diferencia de mi abuelita, que por lo menos tiene el compromiso de asistir, la bisabuela ni siquiera se presentaba. Ella más que nadie odiaba las reuniones familiares.

Un día, cuando mi abuelita era pequeña, le preguntó por qué nunca iba a las reuniones familiares. Su madre le respondió que él único día que estuvo en una fiesta, murió su padre, don José. Don José vendría a ser el abuelo de mi abuela y tatarabuelo mío, por quien también me llamo así. Él era descendiente de la familia más antigua de la Misión de San José, anexa al antiguo Paso del Norte. Es decir, que hablamos de casi 300 años de historia y siempre algún ascendiente por generación había luchado de manera armada en una revuelta. Los más antiguos resistieron los levantamientos de los indios nativos de la región; otros participaron en los escasos episodios violentos durante la Independencia de México; algunos más pusieron algo de resistencia en la guerra contra Estados Unidos; otro, uno de los más mencionados en la historia familiar, le dio una donación considerable de recursos a Benito Juárez cuando se refugió en Paso del Norte durante la guerra

contra Napoleón; y Don José, junto a su tía hermana, participó de manera activa en la Toma de Ciudad Juárez de 1911, aunque no fue el último, pues mi abuelita conoció a mi abuelo en los episodios guerrilleros de la Liga 23 de septiembre a principios de la década de los setenta. En fin, lo destacable de esta parte de la historia es que ninguno de ellos murió jamás en batalla. Se enfrentaron por lo menos a los indios rebeldes, a los españoles, a los gringos, a los porfiristas y a la dictadura militar del PRI y todos salieron con vida. Con algunos rasguños, pero vivos. Por eso, a estas personas en la familia se les conocía como Los Milagros de San José.

Sin embargo, estos milagros solo aplicaron para cuando tomaron las armas, pues como ya he dicho, don José murió un 8 de septiembre cuando bautizaron a mi bisabuela María. Esa templada tarde, la familia se reunió en casa de don José después del bautizo. Al igual que en este mismo instante, las personas abarrotaban las sillas y los pasillos entre las mesas, mientras estas estaban servidas con platos de barro desbordados de chile colorado, arroz y frijoles. Todo mundo bebía tequila y sotol, con excepción de los más pequeños, que tomaban limonada y jugo de uva. Don José era la persona más entusiasmada en el lugar, pues durante gran parte de su vida adulta, creyó que no podría tener hijos, ya que lo había intentado varias veces y no lo había logrado, hasta que llegó María. Se sentía completo por

primera vez en su vida. Así que bebió y bebió e instó a todo el mundo a beber y festejar por él, por María y por toda la familia y la gente bebió y bebió, pero nadie como don José, que no había comido bocado desde el día anterior. Hacia la noche, cuando ya la mayoría de las personas se había ido y solo quedaban unas cuantas, Don José, completamente ebrio, se sentó a la cabeza de la mesa principal de la casa después de haberse servido él mismo un gran plato de chile colorado, el cual puso sobre la mesa casi dejándolo caer, por lo que salpicó hasta su camisa nueva que ya estaba abierta de arriba a abajo. Antes de tomar la cucharada, estuvo a punto de caerse de la silla, pues el sueño le estaba ganando. Aun así, la tomó y llevó una gran cucharada de chile colorado y un trozo de tortilla de harina a su boca y entre el sueño, el alcohol, los recuerdos y la felicidad descontrolada por el bautizo de María, no se sabe si no se percató de que iba un hueso en el bocado o simplemente no masticó bien la carne de puerco, pero murió asfixiado durante la cena en la mesa de su casa. Por esta razón, la bisabuela María, mi abuelita y, ahora me incluyo también yo, detestamos las fiestas; porque en una de esas reuniones familiares, hace casi un siglo, el tata-rabuelo don José tuvo el milagro de consagrarse como padre, pero fue una estrella que se apagó por completo cuando nadie estaba mirándola.

Así que pongo el cubierto sobre la mesa. Me levanto de mi lugar y tras

nadar entre un mar de gente y después de varios Holas, cómo has crecido, acompañados de sus respectivos apretones de cachetes, llego hasta donde está sentada mi abuelita y la

abrazo y le digo que, aunque seamos todos estrellas apagándonos en la fiesta, debemos aprovechar que, a pesar de todo, es un milagro que todas ellas sigan brillando.



Rocío Sáenz, *Call Center*, 2022.